

**OBSCURO, -RA**

*(oβs'kuro, -ra)*

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.



# LA CANCIÓN DE ARENA



# LA CANCIÓN DE ARENA

David Mancera



**OBSCURA**  
e d i t o r i a l

© 2024, David Mancera  
© 2024, Obscura Editorial, S.L.  
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona  
© 2024, David G. Vaquero, por la ilustración de la cubierta

Primera edición: abril de 2024

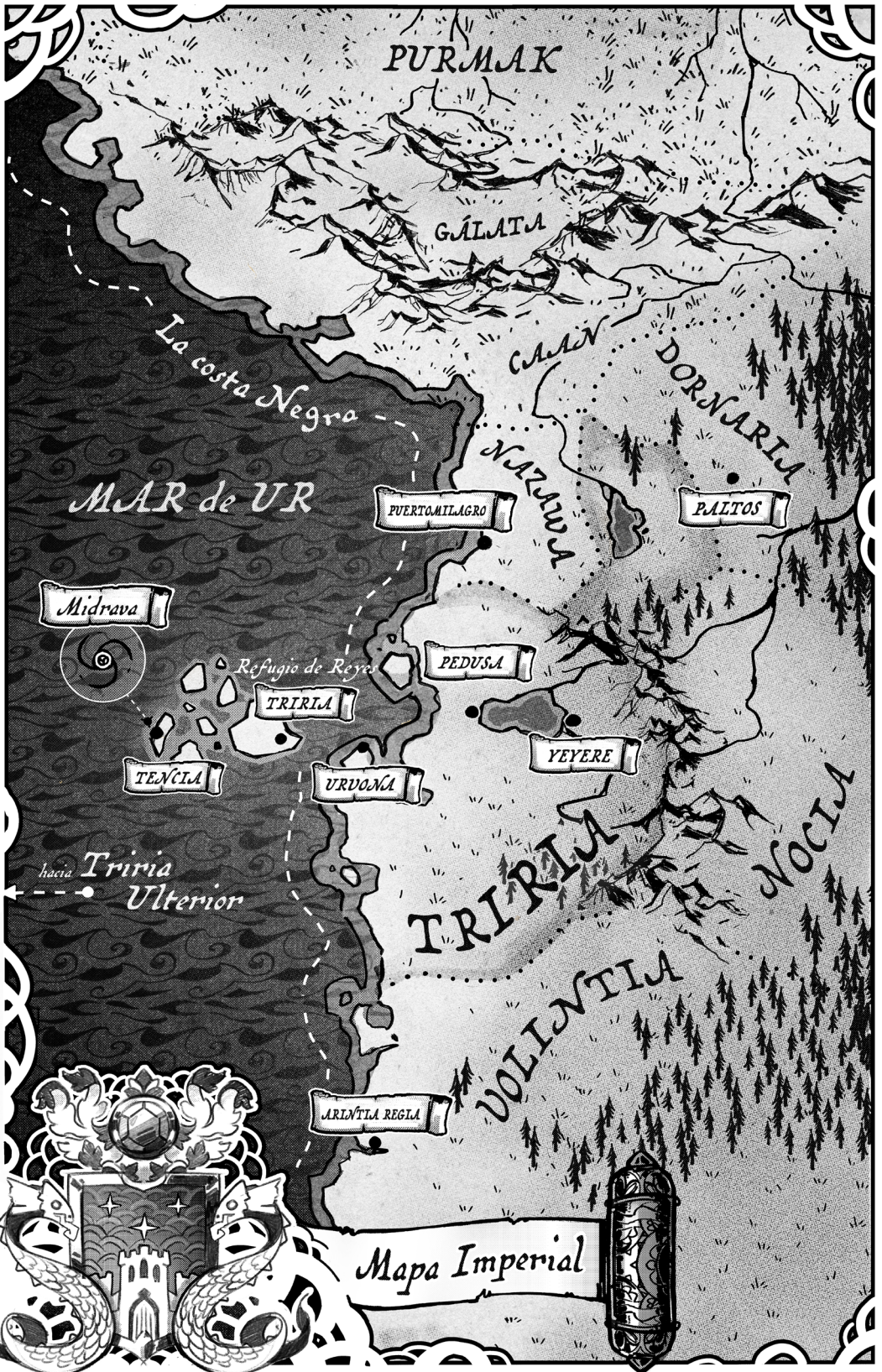
Ilustración del mapa y de la Midrava: David G. Vaquero  
Composición de cubierta: Marc Vilaplana  
Edición de texto: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza  
Corrección: Estela Gómez y Roser Vales i Abenoza  
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.  
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-127327-6-4  
Depósito legal: B 1498-2024

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.  
Carrer d'Albert Einstein, 54  
08940 Cornellà de Llobregat  
Barcelona



PURMAK

GÁLATA

La costa Negra

MAR de UR

CACHIN

DORNARIA

PUERTO AILLAGRO

PALTOS

NARUVA

MIDRAVA

Refugio de Reyes

TRIRIA

PEDUSA

YEVERE

TENCIA

URUONCA

hacia Triria  
Ulterior

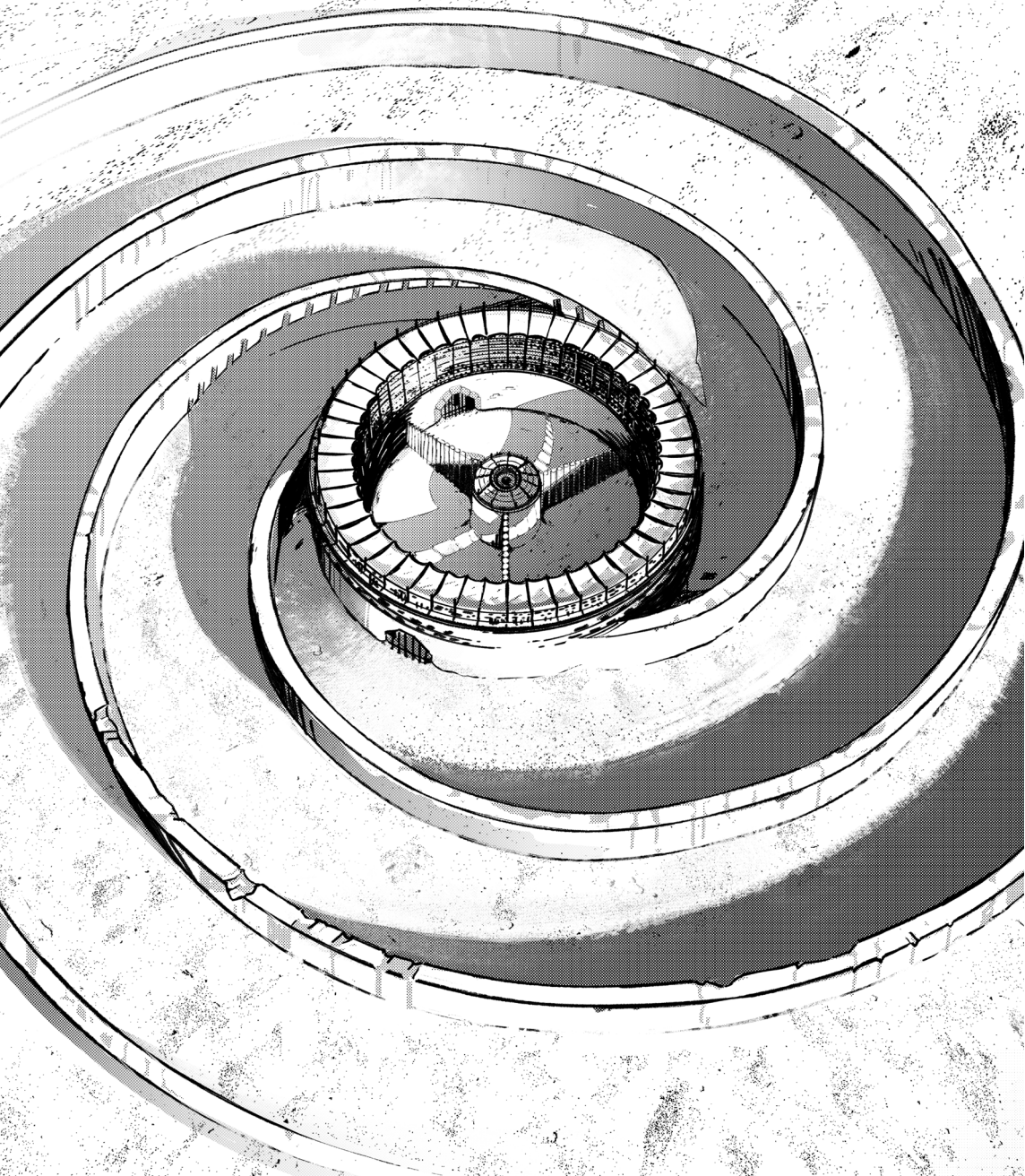
TRIRIA

NOCIA

VOLINTIA

ARLINTIA REGIA

Mapa Imperial



LA MIDRAVA



*A los que saben que el futuro es prepararnos  
para lo que todavía no hemos sido  
y que al lienzo no hay que llevar lo que se ve,  
sino lo que se verá.*



«La guerra es una masacre entre gente que  
no se conoce para provecho de gente que sí  
se conoce, pero que no se masacra».

PAUL VALÉRY



# ÍNDICE

<i>Dramatis personae</i> .....	15
<i>Prólogo</i> .....	19
1. La cacería .....	21
2. Refugio de Reyes .....	37
3. Marnelia .....	49
4. La Midrava .....	65
5. Legionarios y cazadores .....	87
6. El primer hombre de Triria .....	99
7. La serpiente blanca .....	123
8. La corona cívica.....	137
<i>Epílogo</i> .....	163
<i>Agradecimientos</i> .....	169



## DRAMATIS PERSONAE

**Brintio Priticio:** Legado del ejército republicano de Triria.

**Calcio Tririo:** Cónsul de la tierra de la República triria. Hijo de Tario Tririo.

**Chianakhu Q'atachilla:** Astrónomo originario de las provincias de ultramar.

**Elmais:** Marinero del buque serpentino *Azor*.

**Inihue:** Gladiadora en la Midrava.

**Iuvio Frontelio Vaco:** Decurión de la caballería del ejército republicano de Triria.

**Marnelia Tumicia Iadesta:** Hija y heredera del caballero Tumicio Marnelio.

**Nauplio Vortulio:** Capitán del buque serpentino *Azor*. Padre de Nilo Vortulio.

**Nilo Vortulio:** Grumete del buque serpentino *Azor*. Hija de Nauplio Vortulio.

**Niutnakht:** Hija y heredera del dinasta Urhiteshub.

**Rutilo:** Mayordomo en la villa de Tumicio Marnelio.

**Sanissa:** Guardaespaldas de Marnelia Tumicia.

**Tario Tririo Oestiliano:** Cónsul de la guerra de la República triria. Padre de Calcio Tririo.

**Torcas:** Vigía del buque serpentino *Azor*.

**Tulvia:** Criada en la villa de Tumicio Marnelio.

**Tumicio Marnelio Pulcri:** Gobernador de la provincia triria de Nazawa. Padre de Marnelia Tumicia.

**Urakhi Q'atari Wanutari:** Zoólogo originario de las provincias de ultramar.

**Urhiteshub:** Dinasta de Purmak.

**Ventio:** Criado en la villa de Tumicio Marnelio.

**Viria Malciata Vespa:** Cónsul del cielo de la República triria.

**Zaria:** Arponera del buque serpentino *Azor*.



Contemplé a las serpientes de arena  
más allá de las sombras del velero.  
Cuando se alzaban, la fría luz de las estrellas  
caía sobre sus cuerpos en pálidas escamas.  
Se movían en estelas de negros destellos.

Bajo las suaves sombras de la nave de arena,  
me deleité en ellas, admiré su atavío.  
Púrpura, lustroso negro, ¡azul aterciopelado!  
Se enroscaron en la cálida arena y nadaron  
más y más lejos. Yo quedé solo, roto, baldío.

*La balada del arponero*  
—VASTIO ACINITRO (712 p.T)



## PRÓLOGO

Las dos comitivas se encuentran al amanecer en un paso montañoso, en la frontera entre la pedregosa Gálata y la fértil Purmak. Centenares de arqueros y arcabuceros abarrotan ambas laderas, listos para abrir fuego en cualquier momento. Todos saldrán vivos del desfiladero, o ninguno lo hará.

Primero se adelantan los secretarios, acompañados por escribas, letrados, traductores y diplomáticos. Las conversaciones se alargan durante horas, tantas que el día está a punto de concluir cuando por fin quedan satisfechos y hacen llamar a sus señores.

Uno de ellos lleva puesta una toga sobre la túnica. La prenda es de un blanco tan puro que la suave luz vespertina parece surgir de ella. El otro va vestido con un atuendo sencillo; solo la corona de iridio en su frente lo distingue de sus propios soldados.

Los dos hombres se miran largo rato, estudiándose, antes de empezar a hablar. Cuando lo hacen, cada uno se expresa en el idioma del otro, tal como ordena la costumbre. En realidad, todo ha sido previamente aclarado y acordado por los funcionarios, la charla es solo una formalidad necesaria. Saben que el pacto es provechoso y están decididos a seguir adelante. A ambos les sorprende un poco descubrir que la sonrisa de sus rostros es genuina. Muy a su pesar, se gustan, de ese modo en que

## LA CANCIÓN DE ARENA

las mujeres y los hombres de buena cuna se gustan entre sí.

Cuando las dos personas más poderosas del continente se separan por fin, las últimas sombras del día se alargan por el desfiladero como si quisieran escapar de él. El pacto que marcará el destino de millones de almas ha quedado sellado y los líderes regresan a sus naciones para dar comienzo a la guerra.

# CAPÍTULO UNO

## La cacería

Nilo, de pie en la proa del *Azor*, se agarró con fuerza a uno de los cabos del velacho mientras cientos de agujijones de arena se clavaban en las partes de su rostro que el *bukar* no cubría.

Tras ella, el barco era un caos. Los miembros de la tripulación trepaban a las velas o zapateaban con fuerza en la cubierta, corriendo de un lado a otro bajo las órdenes furiosas del contramaestre. Sin necesidad de girarse, Nilo sabía que el gigantesco oficial estaría junto a su padre, repitiendo con su poderosa voz cada instrucción que el capitán susurraba, para asegurarse de que nadie dejaba de oírlas en el fragor provocado por el *jinni* de aire que los impulsaba. Ambos hombres habían ocupado sus puestos junto al timonel unos instantes después de que, desde las alturas, les llegase el grito que todos habían esperado durante días:

«¡Serpiente de arena!».

La bestia había aparecido al amanecer por la amura de babor, levantando en la distancia la formidable nube que los vigías habían buscado desde que zarparon tras el último eclipse. El capitán y el contramaestre estaban en cubierta, hablando en voz baja. Nilo se había asegurado de tener algo que hacer no muy lejos de ellos. Así fue como se enteró de que habían estado a un tris de darse por vencidos y regresar sin captura a Puertomilagro. Los

rostros sombríos y los murmullos irritados quedaron olvidados en el instante en que el titán surgió del suelo en el horizonte, licuando la negra arena basáltica con los poderosos chorros de aire que expulsaba por cada uno de los espiráculos de su cuerpo.

Había sido Torcas, la volintia de piel clara, quien tuvo la fortuna de divisar a la presa durante su guardia. Media docena de catalejos brotaron como por ensalmo cuando sus nerviosos propietarios trataron de avistar algún detalle, pero de nuevo fue Torcas quien gritó la buena nueva desde su puesto en la cofa del palo de proa. Con la bestia localizada, la mujer había trepado al mastelero, para deslizarse después con la agilidad de un gatosombra hasta la cruceta del sobrejuanete mayor, el punto de observación más alto del navío, a más de cuarenta varas sobre la cubierta.

—¡Las placas son de color púrpura! —gritó con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del ruido del viento—. ¡Es una clase cinco!

La tripulación reaccionó como si todos compartieran una misma garganta, y el aire cargado de polvo se estremeció con su grito de júbilo. Tan solo el capitán permaneció en silencio y se limitó a sonreír de medio lado, un gesto que Nilo conocía bien: significaba que incluso él se sentía satisfecho.

Entonces dio comienzo la persecución que en ese momento, doce horas después, estaba a punto de culminar. El capitán había ocupado su lugar junto al timón del *Azor*, la mano izquierda apoyada en uno de los travesaños de palodulce mientras la diestra se hundía en el interior del tótem de gobierno, coronado por una tosca escultura del ave que daba nombre al navío. No se había movido de allí desde entonces.

La muchacha decidió que ya estaban lo bastante cerca de la serpiente y se dirigió hacia popa, recorriendo el buque con una mano apoyada en la madera gastada de la borda. Tenía la esperanza de que nadie se fijara en ella. Quería estar junto a su padre durante la última parte de la cacería sin que le gritasen que se apartara o la regañasen porque estorbaba. A pesar de que aparecía en el rol del barco como grumete, toda la tripulación se comportaba con ella como si fuera una frágil figura de ceniza de hueso.

Mientras recorría la longitud del buque por la banda de sotavento, donde la sombra del velamen, del mismo azul índigo que sus ropas, le ofrecía cierta protección extra, Nilo miró hacia arriba y divisó a Torcas, que había vuelto a ocupar su lugar en la cofa del trinquete. La muchacha, que se había negado a descender en todo ese tiempo, cantaba cada una de las evoluciones de la serpiente, provocando que los hombres y mujeres a bordo del buque aguantasen el aliento durante los períodos en que el animal se sumergía en la arena y lo soltasen con alivio cuando emergía de nuevo, a doscientas o trescientas varas de distancia. La vigía, apenas unos años mayor que Nilo, no había dejado de sonreír ni un instante. La tripulación del *Azor* tenía una tradición: aquel que anunciaba el color de la presa se ganaba el derecho a elegir primero en el despiece, lo que en la práctica significaba doble paga.

Cuando llegó al alcázar, Nilo echó un rápido vistazo para asegurarse de que nadie le prestaba atención. El capitán parecía mirar a la serpiente; sin embargo, la muchacha sabía que eso solo era verdad a medias. Sin duda su padre tendría una parte de su energía en el animal, pero el resto, junto con toda su voluntad, se afanaba en ese instante en vigilar y dominar al *jinni* de a bordo, el ele-

mental del plano etéreo que hacía que el casco del buque surcara el océano como si este fuese de agua en vez de arena.

Nilo nunca había pilotado el navío, pero había sido instruida en cada detalle del mismo y sabía que dentro de la figura hueca donde su padre tenía la mano había un cabo muy especial. Mientras uno de sus extremos descendía por el interior del ídolo, atravesaba la cubierta y quedaba atado a la sobrequilla del barco, el otro, sencillamente, no existía en su mundo. Aunque su padre se lo había explicado muchas veces, todavía le costaba entenderlo. Los símbolos tallados en la madera del tótem abrían en su interior una brecha hacia el plano etéreo por la que se introducía el cabo. En el otro extremo, un hacedor había amarrado una anilla, forjada con una libra del escaso acero volintio y cubierta con los mismos símbolos que recorrían la madera del tótem. La anilla actuaba a la vez como cebo y anzuelo. Si había suerte, un *jinni* etéreo sería atraído por el metal y quedaría atrapado en su conjuro, atado para siempre al cabo y al navío.

Conectar la mente con la criatura extraplanar exigía el dominio de un arte que solo los mejores marinos lograban dominar del todo. Su padre era uno de ellos.

Mientras cabalgaban el viento etéreo, los capitanes mostraban en su rostro aquella expresión ausente. Sus conciencias se deslizaban por el cabo y se unían a la del *jinni* para seducirlo, convencerlo o doblegar su voluntad, para forzarlo a generar el viento que licuaba la arena alrededor de la nave al mismo tiempo que hinchaba las velas para impulsarla.

Cuando Nilo puso un pie en el primero de los cuatro escalones que llevaban hasta la toldilla, el hombre giró la cabeza y la miró con una mezcla de cariño y severidad. Cada vez que se embarcaban juntos pasaba lo mismo: el



capitán, que quería verla algún día comandando el *Azor*, se enfrentaba con el padre, que sufría por poner en peligro a su única hija. Nilo aún no tenía claro cuál de los dos ganaría la batalla, aunque cada noche soñaba con que fuese el primero.

Antes de que su padre tuviese tiempo de ordenar que se marchara, el contraмаestre llamó su atención y la muchacha aprovechó para deslizarse tras ellos. La bestia estaba a menos de diez esloras. Había llegado el momento de bajar los botes y empuñar los arpones.

El *Azor* transportaba dos lanchas y una chalupa. El contraмаestre ladró nuevas órdenes y la tripulación se afanó en arriar las embarcaciones y se repartió en su interior. Incluso el cocinero, un dornario enjuto y fibroso como un hatillo de mimbre, ocupó un puesto a bordo de la chalupa armado con dos terribles arpones.

Cuando Nilo ya se lamentaba de que tendría que quedarse mirando la caza desde la cubierta del barco, el capitán, al timón de la lancha grande, venció al padre y le indicó a la muchacha que saltara a la chalupa, patroneada por el contraмаestre. Zaria, una caanita de cráneo afeitado y una de las mejores arponeras del *Azor*, pilotaba la lancha pequeña. Tan solo el grumete y el viejo Elmais, para el que esa sería su última expedición de caza, permanecieron en el navío.

El vozarrón del contraмаestre se transformó en un murmullo cálido cuando se giró hacia Nilo.

—Haz todo lo que te mande y no te separes de mi lado —dijo poniéndole en el hombro una mano grande como la zarpa de un arctodio—. El capitán estará pendiente de ti incluso cuando no lo parezca.

Nilo le dirigió una sonrisa agradecida antes de sentarse y fijar la vista en la proa. El hombretón siempre la había tratado con cariño, y la muchacha lo veía como algo pa-

recido a un hermano mayor. O lo que ella pensaba que sería un hermano mayor.

—¡Largad velas y bogad con todo vuestro aliento, ru-fianes! —bramó el capitán. Los ojos le brillaban con la emoción de la caza—. Esta noche pondremos rumbo a Puertomilagro con la bodega llena.

Su voz resonó en la calma que había inundado el ambiente cuando el poderoso *jinni* del *Azor* dejó de engendrar su vendaval. Como si tratasen de compensarlo, los que estaban atados a las embarcaciones auxiliares comenzaron a soplar. La arena volcánica se levantó en cuanto el aire a presión brotó de los tubos de bronce y se introdujo entre los granos, convirtiéndola en un fluido navegable. Nilo sintió el característico vaivén que se producía cuando dejaban de estar clavados en el suelo y empezaban a flotar.

—¡Timoneles! —gritó de nuevo el capitán—. ¡A mi estela! Vamos a ganarnos el sustento.

Cada una de las embarcaciones contaba con su propio tótem de gobierno. En cuanto las manos de los patrones asieron los cabos ocultos en el interior, los *jinnis* entendieron lo que se esperaba de ellos y comenzaron a navegar hacia la serpiente con un tirón violento. Nilo tuvo que agarrarse al brazo del contramaestre para no precipitarse por la borda. La lancha de su padre se situó enseguida en cabeza de la formación, con las otras dos tras ella, una en cada aleta, a unas pocas varas de distancia.

Las amantes del cielo danzaban a escasa altura. Mina, la mayor de las dos estrellas, anaranjada como la yema de un huevo de cormorán, comenzaba a ocultarse tras el horizonte, aunque Mórula, la pequeña, aún les proporcionaría un par de horas de su tenue luz rojiza.

Cansada por la huida, la serpiente de arena había aminorado mucho su velocidad. En ese momento elevó

la parte frontal de su cuerpo y extendió varias decenas de espiráculos en todas direcciones, una oruga de tamaño descomunal estirándose hacia el cielo. El sonido más maravilloso que Nilo había oído jamás inundó el atardecer. Una sinfonía tan compleja como hermosa resonó en sus oídos, como si un coro de muchas voces entonase un aria ensayada miles de veces. Cada voz se mantenía en una misma nota durante un largo tiempo antes de cambiar a la siguiente para armonizar con sus hermanas y construir acordes imposibles, enlazados en una melodía que conectaba directamente con el alma de la muchacha. Nilo sintió descender por su mejilla una lágrima que la tela del *bukar* acabó absorbiendo. Incluso las embarcaciones comenzaron a navegar más despacio, como si hasta los *jinnis* que las impulsaban necesitaran detenerse a escuchar.

—¡El canto de la muerte! ¡La serpiente está cantando a la muerte por nosotros!

Fue la voz del contramaestre la que rompió el hechizo. En cuanto lo hizo, las mujeres y los hombres de la tripulación prorrumpieron en vítores, hasta que el capitán ordenó que se pusieran de nuevo en marcha. El tajamar de la chalupa hendió la arena con una embestida salvaje, mientras los *jinnis* soplaban con todas sus fuerzas contra la vela y a través de los tubos que enterraban sus bocas metálicas en la arena.

Era la primera vez que Nilo oía el legendario canto de las serpientes, aunque había escuchado un centenar de historias sobre él desde que tenía uso de razón, como todos los niños y niñas de la nación nazawí. Los marinos aseguraban que, cuando las colosales criaturas cantaban a la muerte, la fortuna sonreía a sus cazadores.

Con el corazón henchido de confianza y alegría, la tripulación recorrió en poco tiempo la distancia que los

separaba de la bestia. El animal parecía más resignado que agotado, como si el aria que acababa de entonar escondiese la letra muda de su propio panegírico. «Quizá no fuera una canción, puede que estuviese rezando a sus dioses», pensó Nilo.

A una orden del capitán, el contraamaestre tiró con fuerza de la caña, y entonces la chalupa cayó a babor y quedó alejada de las otras embarcaciones. Manejando a la vez el timón y el viento del *jinni*, el marino tomó pronto un rumbo que lo acercaba a la serpiente por la izquierda. Por la otra banda, Zaria imitó la maniobra con la lancha pequeña. Mientras tanto, el capitán había reducido el empuje de la lancha grande, dando tiempo a las otras para ejecutar el flaqueo.

Nilo observó que las trompas que recorrían el cuerpo fusiforme de la criatura cada vez expulsaban aire durante intervalos más cortos, lo que provocaba que el animal se trabase en la arena cuando, de improviso, esta recuperaba su solidez.

«Está cansada», pensó la muchacha. «Por eso se rinde: sabe que no puede escapar».

Como si le hubiera leído la mente, el contraamaestre giró el rostro hacia ella y dijo:

—Vamos a lograrlo, Nilo. La tenemos donde la queremos.

La muchacha sabía que el hombre esperaba una sonrisa como respuesta, pero fue incapaz de ofrecérsela.

No era la primera vez que participaba en una cacería, aunque nunca había podido verla desde las lanchas. Hasta entonces se había tenido que conformar con seguirla, catalejo en mano, asomada a la borda del *Azor*. Pero, en todas esas ocasiones, la presa vendió cara su vida y a menudo logró escapar y había dejado a la tripulación sin beneficios e incluso herido a alguno de los marinos.

Sin embargo, el mastodóntico animal dejaba de defenderse ante sus ojos. Después de huir durante horas, con su aliento final renunciaba a ofrecer resistencia. No formaba sus pavorosos anillos ni daba sacudidas y coletazos para volcar los botes de los diminutos cazadores, sino que cedía al empeño de estos, como si conociese de antemano el desenlace y resolviera que no tenía sentido tratar de cambiarlo.

—¡Lucha! —gritó de pronto Nilo, y muchos se giraron para mirarla. No le importó. Quería que la caza fuera justa, necesitaba que no se convirtiese en una simple carnicería—. ¡Lucha, maldita seas!

Un arpón salió disparado desde la lancha pequeña. Zaria, ansiosa por asestar el primer golpe, había dejado a un lado la caña del timón y lanzó la temible punta serrada con un amplio y veloz movimiento por encima del hombro. Ya fuera por la precipitación o por una sacudida de la embarcación sin gobierno, el arma no alcanzó ninguna zona desprotegida y el metal chocó, inofensivo, contra una de las placas púrpura. Después se hundió en la arena, unido a la lancha por un resistente cordel que uno de los hombres se apresuró a cortar.

Nilo pensó que quizá se había equivocado y todo era una estratagema, que la serpiente lograría escapar o, al menos, aprovecharía para girar sobre sí misma de un momento a otro y ofrecer batalla. Pero la suerte de la presa se agotó tras ese primer lanzamiento.

Imitando a Zaria, que no había dejado de maldecir, media docena de arponeros lanzaron sus hierros. Los dientes de metal mordieron su objetivo a un lado y otro del robusto cuerpo, y al momento un millar de trompetazos espeluznantes atronaron desde los espiráculos. La bestia malherida hizo un último esfuerzo por hundirse. Los arponeros desplegaron los garabatos de hierro y se

## LA CANCIÓN DE ARENA

dispusieron a lanzarlos a la arena para impedirselo, pero no fue necesario. Con una sacudida, la serpiente elevó por última vez el cuerpo y lo dejó caer contra el suelo, ahora sólido. Después, quedó inmóvil.

La muerte del animal suponía solo la mitad de la captura. Tras arponearlo era preciso despedazarlo y trasladarlo por piezas a bordo del *Azor*, algo que a menudo requería más tiempo que la propia caza. Los hombres y mujeres de la tripulación necesitaban extraer filas completas de placas para poder emplear las sierras y las largas hojas de martife en la carne fibrosa de la serpiente.

Los marinos trabajaban poniendo buen cuidado de mantenerse alejados de las embarcaciones y sus *jinnis*. Cuando el aire a presión llenaba el espacio entre los granos y convertía el sólido en un fluido, los cascos de madera y metal flotaban en su superficie, pero todo lo demás se hundía con rapidez hasta alcanzar la capa sólida, allí donde no llegaba el aire suficiente para transformar la masa de arena en un océano. Rodeado por millones de diminutos fragmentos de basalto y otras rocas en movimiento, la única esperanza del desafortunado que cayera al mar de sílice consistía en cubrirse lo mejor posible las vías respiratorias, aguantar el aliento y rezar por que sus manos dieran por azar con el cabo de vida que sus compañeros trataban de acercarle, en medio de la oscura confusión que lo rodeaba. Si perdía la calma e intentaba llevar aire a los pulmones, las diminutas piedrecitas inundaban enseguida la boca y la laringe, y el proceso de asfixia comenzaba. Entonces empezaba a toser, tragando y respirando más y más arena, que se mezclaba con la saliva y se le pegaba a la garganta y a la tráquea lo que, tras una horrible y breve agonía, le provocaba la muerte. Peor aún:

si sus compañeros no reaccionaban a tiempo y la embarcación, su única posibilidad de rescate, se alejaba del caído, el manto de arena recuperaba su estado natural y lo aplastaba como una garra de hierro.

Por suerte para ella, Nilo jamás había presenciado nada parecido, pero a los chicos de los muelles les gustaba competir para ver quién contaba la historia más truculenta. Así supo de hombres y mujeres que habían sido extraídos del suelo negro tras jornadas enteras cavando, tan destrozados que sus compañeros no se atrevían a llevárselos a sus familias. La enorme presión, aplicada de manera instantánea sobre cada pulgada de la piel, provocaba el colapso inmediato de los órganos blandos, que salían expelidos por los orificios corporales junto con los líquidos internos de la víctima y se mezclaban con la arena que la había aniquilado.

Nilo ahuyentó esa horrible imagen de su cabeza y se concentró en observar los trabajos desde la borda del *Azor*. Había ayudado a arrancar las placas púrpura de la piel de la serpiente, pero cuando comenzaron a hincar las hojas crueles en la carne del animal y el fuerte olor inundó sus fosas nasales, tuvo que contener una arcada y hacerse a un lado. Por fortuna, su padre dirigía en ese momento los trabajos de su grupo y no pudo verla. El contraamaestre, siempre atento, le ordenó que volviera al barco y ayudase al cocinero a preparar el rancho. Con una mirada de agradecimiento, Nilo asintió y se marchó con el dornario, quien había entendido el guiño que el oficial le dirigió y la dispensó de las tareas una vez a bordo.

Después de una breve pausa para la cena, la tripulación continuó los trabajos en el cuerpo de la serpiente, incluso cuando Mórula se ocultó tras el horizonte y convirtió el mundo en dos tipos de oscuridad separadas por

una fina línea rojiza, que también acabó por desvanecerse.

Poco antes, Zaria había subido a bordo con un pequeño grupo para acercar lo más posible el *Azor* al coloso muerto. Entre todos tendieron las rampas para acarrear al interior del buque los extraños órganos de la bestia y los grandes bloques de grasa y carne, que una vez en Puertomilagro se convertirían en toneladas de alimento para animales, centenares de raciones de campaña, aceite para comer y para quemar, piel para fabricar zapatos y toda clase de armaduras para monturas y personas. Aunque el producto más valioso, el que por sí solo justificaba la cacería, era el espermavermis, la materia prima de la que se alimentaba la poderosa artillería de la Armada Imperial.

El contramaestre propuso continuar al amanecer, pero fue inútil. El capitán hizo subir de la bodega tres formidables luminarias y ordenó que las colgaran de las vergas de gavia de cada uno de los palos y las orientasen hacia el cadáver despiezado, para continuar los trabajos cuando el cielo fue indistinguible del suelo salvo por la presencia en el primero de las temblorosas y tímidas estrellas.

Al ver los grandes focos anaranjados, la tripulación redobló sus esfuerzos: no estaban tranquilos sabiendo que habían despertado a tres *jinnis* de fuego y los habían suspendido sobre la cubierta de madera. Además del siempre aterrador riesgo de incendio, algunos temían que la luz atrajese a alguna de las numerosas criaturas que poblaban la noche del océano, como un dragarto o una sarena, lo bastante grandes para llevarse a uno de ellos.

A Nilo, el continuo ir y venir de los marinos tirando de los trineos de transporte le había quitado el apetito. Una y otra vez volvía a oír en su cabeza la melodía que había entonado la criatura hacia el final y se preguntaba



cuál sería su verdadero significado. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que el animal se había abandonado, que había renunciado a seguir luchando. Por primera vez desde que acompañaba a su padre de cacería, Nilo sintió tristeza, una pena con sabor a sangre que dejaba tras de sí una herida como la de un cuchillo mal afilado.

Cuando la escena de carnicería prosiguió ante ella en la semioscuridad y se convirtió en un macabro claroscuro, la muchacha recordó una representación que había visto de pequeña, durante uno de los festivales de teatro a los que su madre era tan aficionada, el último verano que pasó junto a ella. Nilo podía evocar a la perfección el modo en que sus ojos oscuros reflejaban la luz de las antorchas, mientras su hermoso rostro replicaba cada una de las emociones que los actores interpretaban sobre el escenario.

Recordar a su madre le hizo pensar en su padre y lo buscó con la mirada. Tardó lo bastante en encontrarlo como para comenzar a asustarse, pero no, allí estaba. Maniobraba en solitario con la lancha pequeña para iniciar la última tarea de la jornada.

El mayor problema de cazar a una criatura que literalmente nada en la arena consistía en elegir lo que los marinos llaman «el momento decisivo», el instante en que el titán expira, aunque lo cierto era que la mayoría de las veces no tenían ningún control sobre el mismo y todo se reducía a puro azar. Que la captura fuera un éxito o un fracaso se decidía por la fracción del cuerpo de la serpiente que, en el instante en que dejaba de respirar por los espiráculos, permanecía aún en el interior de la arena. Con esta en estado líquido, el espíritu de aire del *Azor* habría podido remolcar las más de cuatro mil fanegas de la clase cinco, pero ni siquiera los temibles *jinnis* de un

navío de línea podían sacar de la férrea presa del océano el cuerpo aprisionado de una serpiente adulta. Sus más de cuarenta varas quedaban sepultadas bajo tal cantidad de material que convertía la empresa en un imposible. Licuar la arena tampoco era una alternativa válida: el aire que expulsaban los tubos adosados al casco, que daban al buque el aspecto de un puercoespín furioso durante el calafateado, apenas alcanzaba unas cuantas varas de profundidad, lo suficiente para permitir la navegación.

El padre de Nilo navegaba solo en la pequeña embarcación, a poca distancia de lo que aún quedaba del cadáver. Mientras tanto, la chalupa y la lancha grande, con sendos cabos fuertemente atados al cuerpo del animal, despertaron a sus *jinnis* y comenzaron a tirar de él. En el mismo instante, el capitán hizo lo propio con el de su lancha. Su misión era reducir al máximo el volumen de hueso y carne aprisionado bajo el peso de la arena inmóvil. Incluso en eso les había sonreído la fortuna, porque nada más dar los primeros tirones, los últimos restos del titán comenzaron a moverse.

Unos fuertes temblores se dejaron sentir bajo ellos. Los patronos de las embarcaciones, asustados, preguntaron a gritos qué sucedía, pero nadie supo dar razón alguna. A unas pocas varas, surgió del océano tembloroso una serpiente tan inmensa que su cuerpo era varias veces más grueso que el de la presa cuyos pedazos llenaban los barriles de la bodega. Su piel estaba revestida de grandes placas, tan blancas a la luz de las luminarias que quemaron los ojos de aquellos que no apartaron la mirada a tiempo.

Mientras extendía sus espirales, el gigantesco animal levantó la cresta y el pecho por encima de las oscuras olas que él mismo provocaba. Ignorando el barco y a los marinos que gritaban y corrían de un lado a otro de la cu-

## LA CACERÍA

bierta, fijó sus diminutos ojos negros, semejantes a piedras de lluvia, en aquello que aún ocupaba el centro de un extenso charco de sangre y otros humores. Los espiráculos de la serpiente blanca, largos y gruesos como los masteleros del *Azor*, se erizaron cuando la criatura lanzó un bramido múltiple, lo que provocó que el grumete se orinase encima y causó espanto en no pocos marinos.

Entonces el animal arqueó el monstruoso cuerpo y dibujó una curva dirigida al centro del charco de sangre, moviéndose tan deprisa que parecía que un rayo hubiese caído del cielo y atravesara la arena oscura. Cuando desapareció, ya no quedaba rastro de los restos de la serpiente púrpura ni de la lancha pequeña.